

CAPITULO XIV.

Cortés entabla negociaciones con el Señor de Cempoala y otros señores: fundacion de Veracruz: embajada azteca: y destruccion de las naves.

Al entrar el ejército español en la ciudad, salió el señor de ella á recibirlos; éste era un hombre alto y de extraordinaria gordura, por lo cual para andar tenia que apoyarse en los nobles que formaban su comitiva; pero de un carácter afable y de una inteligencia despejada. Recibió cortesmente al comandante, incensándolo segun la costumbre del pais, le señaló alojamiento para su ejército que fué en el espacioso patio de un templo, con las habitaciones inmediatas, y se retiró ofreciéndole volver á visitarlo. Los españoles recibieron ahí abundantes provisiones y un regalo para el capitán general, en adornos de oro y telas finas de algodón. Sin embargo de estas demostraciones de amistad, el gefe español estuvo con la vigilancia necesaria, colocando sus centinelas y artillería, de modo que estuvieran á cubierto de una sorpresa y ordenó bajo pena de muerte, que ningún soldado saliera del campamento sin espresa orden suya.

Después de la comida el gefe indio conducido en unas andas, fué á visitar al comandante español: y ambos tuvieron una secreta conferencia, con solo el auxilio de los intérpretes. Cortés con bastante astucia, le ponderó al cempoalés el poder de su soberano: y le dijo que entre las importantes instrucciones que traía, era la principal proteger con su fuerza la inocencia oprimida, y concluyó ofreciéndose á sus órdenes así en su persona

como en las de sus soldados. El indígena se desahogó refiriendo las desventuras que sufrían los totonecas y otros muchos pueblos por la dura opresión de los mexicanos: los cuales, no solo los privaban de una gran parte de sus riquezas en los crecidos tributos que se les exigían, sino que inhumanamente disponían del honor de sus hijas y de la sangre de su pueblo, que sin cesar tenia que proporcionar víctimas para sus sangrientos sacrificios. El capitán general le aseguró no volvería á permitir semejantes atrocidades y que solo pedía la lealtad de los totonecas, para ayudarlos á sacudir aquel pesado yugo: en esta conferencia se impuso Cortés del estado de conflagración en que se hallaba toda la monarquía, y todos los pueblos que podían aliarse para librarse de la opresión de los mexicanos, entre los cuales, se contaba la belicosa república de Tlaxcala. Pero como el indio se manifestaba muy temeroso del poder del gran Moctezhuma, Cortés lo calmó, y asegurándole que tenia necesidad de pasar á ver el estado de sus embarcaciones, le ofreció volver para concertar entre ambos las medidas convenientes para romper los lazos con que los tenia esclavizados el despotismo de los mexicanos.

Muy satisfecho quedó el ejército así que supo por su general, la facilidad con que podían seguir sus operaciones con el auxilio de tan numerosos pueblos, prontos á volver sus armas contra la corte de Moctezhuma, que era su dorado ensueño: Cortés se detuvo un día para pagar su visita al hospitalario indio que con sus avisos le habia descubierto el gran enigma, que tanto habia fatigado su imaginación; y al siguiente emprendió su marcha, para lo cual se le dieron por el señor de la ciudad, cuatrocientos hombres de carga, que ayudaron á llevar la artillería y las abundantes provisiones de que fueron abastecidos. Se dirigieron los españoles á la ciudad de Chiahuiztla distante cuatro leguas y muy cerca del lu-

gar donde estaban anclados los buques: al llegar á la ciudad, los habitantes la abandonaron por temor de ver á los españoles armados sin saber el objeto de su ida; pero al llegar al templo salieron al encuentro los sacerdotes que se habian quedado para cuidar del respeto á sus divinidades. Impuestos del objeto de los españoles, los alojaron é hicieron que el pueblo volviera á sus hogares; pero el señor de la ciudad receloso de alguna oculta red, no quiso presentarse sino hasta que lo vino á apadrinar el de Cempoala conducido en sus andas. Ambos señores conferenciaron con el caudillo europeo, quien ratificó las noticias que ya antes habia adquirido del descontento de muchos pueblos para con la corona de México.

Estaban en esta conferencia, cuando se notó en la calle un movimiento en el pueblo, ocasionado por la llegada de cinco ministros de la corte recaudadores de tributos: en su altivo porte demostraban bastante la opresion de que eran víctimas aquellos desgraciados pueblos: iban con los ricos trajes que usaba la nobleza mexicana, llevando ramos de flores en las manos, y una gran multitud de criados los seguian, ocupándose muchos de ellos en agitar unos primorosos abanicos para que los muchos insectos que hay en aquellos lugares, no molestaran á sus amos. Los españoles se acercaron á su paso, pero apenas les dirigieron una orgullosa mirada. Impuestos de lo que pasaba en el lugar, llamaron al señor de ahí y al de Cempoala á quienes reprendieron por haber admitido á su amistad á los españoles contra la voluntad del soberano de todos aquellos pueblos: y para espiar aquel delito, pidieron veinte víctimas humanas que sacrificar en honor de los dioses nacionales. Confusos estaban los señores y toda la ciudad turbada, cuando advertido Cortés de lo que pasaba por Doña Marina, aconsejó á los señores apoderarse de los ministros reales y ponerlos en la cárcel: aquellos tí-

midos indígenas no se atrevian á irritar tanto el furor de Moctezhuma, con semejante atrevimiento; pero cediendo al fin á las instancias del comandante, los ataron de piés y manos y los entregaron á una guardia.

Los sirvientes de los recaudadores llenos de temor, huyeron refiriendo por todas partes el insulto que se habia hecho á la magestad del rey en las personas de sus ministros: y todos los que no podian soportar ya la dureza de la dominacion azteca, lisonjeándose de hallar un medio de sacudirla, corrieron á Chiahuitztlá para conferenciar sobre lo que debia hacerse en una cuestion de tanta importancia. Pero mientras, Cortés entrada la noche de ese dia, hizo traer á su presencia á dos de los ministros encarcelados y espresándoles gran sentimiento por el ultraje que habian sufrido, les proporcionó medio para que pudieran fugarse y les ofreció hacer porque tambien sus tres compañeros salieran libres. Y les encargó hicieran saber á sus soberanos, como los españoles estaban siempre bien dispuestos en favor de sus súbditos, á pesar de la resistencia que él habia puesto para que pasaran á visitarlo en su corte. Aquellos dos nobles, con el auxilio de los estrangeros y la obscuridad de la noche, se vieron libres del furor de los totonecas, quienes se manifestaron al dia siguiente muy indignados por la fuga de los dos aztecas, y Cortés para calmarlos les ofreció encargarse de la guardia de los otros tres, que poco despues fueron á reunirse con sus camaradas.

Reunidos los señores principales de las ciudades de los totonecas, para conferenciar sobre la conducta que debian observar para lo sucesivo, opinaban los mas tímidos aplacar la ira del rey, mandándole una embajada que imploraba su clemencia para con toda la nacion; pero otros no creian ablandar el duro corazon de Moctezhuma y mas dispuestos estaban á recobrar su libertad,

aceptando la proteccion de los españoles. ¡Cuán lejos estaban estos desgraciados, de pensar que al servir de palanca para derrumbar el trono del orgulloso azteca, debian sepultarse entre sus ruinas, el opresor y el oprimido, y que los depojos de ambos, servirian para enriquecer á sus mentidos protectores! Todos juraron obediencia á los soberanos de Castilla y el notario real levantó acta de esta ceremonia y la autorizó con su firma.

Contento el capitan general, con una victoria obtenida solo á costa de un momento de intrigas en cuya red hizo caer á tantos pueblos, salió para el puerto donde anclaban sus buques, en cuya playa determinó luego fundar la ciudad: fijó el lugar del templo, de los edificios públicos, de las fortalezas y murallas, en todo lo cual trabajó muy activamente con todos sus soldados y todos los indios sus amigos venian á traer piedra, cal y maderas para aquella fundacion, ayudando tambien con sus servicios personales. De manera que con tanta actividad y tal número de operarios, en pocas semanas quedó concluida la primera ciudad española, que sirvió de base para las atrevidas operaciones de los conquistadores. Moctezhuma habia recibido la noticia del arresto de sus ministros, teniéndose como una ofensa hecha por los estrangeros, y desde luego pensó levantar un numeroso ejército, para ir á castigar la osadía de los aventureros esterminándolos y reducir á la obediencia á los pueblos que bajo su sombra se habian revelado contra su autoridad; pero antes de concluir los preparativos para la ejecucion, llegaron los dos nobles que primero fueron puestos en libertad los cuales repitieron las bondadosas muestras de consideracion que habian recibido del comandante español. Esto hizo cambiar la resolucion de aquel rey pusilánime en los momentos de mayor peligro: y solo se limitó á mandar una embajada, que al mismo tiempo de presentar un nuevo regalo á los españoles, les

instase á salir de sus dominios, para poder castigar á los súbditos que bajo su sombra se habian atrevido con tanta insolencia á rebelarse contra su autoridad. La embajada se componia de dos jóvenes sobrinos de Moctezhuma y cuatro personajes de la nobleza azteca, los cuales llegaron á la nueva colonia española y fueron recibidos por Cortés con fingidas muestras de verdadera amistad. Les hizo algunos regalos de poca consideracion: y protestando la mas sincera conducta para con su soberano, les despidió ofreciendo que muy pronto pasaria á la capital para hacer una visita á tan poderoso monarca, donde quedara disipada cualquiera mala inteligencia que entre ambos pudiera haber habido. Los totonecas tenian tal temor al formidable poder del monarca mexicano, que no se consideraban exentos de castigo ni al abrigo de los españoles; pero cuando vieron el influjo que estos ejercian sobre aquel aun á tanta distancia, no vacilaron en entregarse abiertamente bajo su proteccion.

En esos mismos dias, tuvo el señor de Cempoala, una desavenencia con otro señor de los de su nacion: y luego imploró el auxilio de las fuerzas españolas en su favor. Cortés salió sin pérdida de tiempo para la ciudad hostil á su favorecedor: y antes de entrar en ella salió el gefe á recibirlo: una sola esplicacion por su parte, fué bastante para reconciliar los ánimos sin recurrir á la fuerza de las armas; y luego regresó á Cempoala donde lo recibió todo el pueblo con verdadero regocijo. Su aliado el señor de aquella ciudad, para darle una prueba de su gratitud, le presentó ocho doncellas ricamente vestidas y adornadas con joyas de oro y piedras preciosas para que se casaran con los capitanes de su ejército entre las cuales una era sobrina suya y destinada para el general.

Cortés rehusó admitir aquel presente, si antes no

consentían en destruir sus ídolos y separarse de las máximas abominables de su falsa religion, pues no era lícito á los hijos de la iglesia tener comercio con idólatras. Le esplicó en seguida, probablemente por medio de los capellanes, las verdades de la religion santa y afeó con energía el culto á los ídolos, especialmente el que se les daba con los horribles sacrificios humanos. El gefe cempoalés manifestó que sus dioses eran muy buenos y que de ellos recibia el pueblo la salud y la abundancia de los frutos, por lo que creia una ingratitud abandonar su culto, que justamente excitaria la cólera de ellos y les mandarian severos castigos: y que estaba dispuesto á resistir cualquiera violencia que se cometiera contra sus dioses. Esta respuesta irritó el orgullo del capitán general y dijo á sus soldados: que no era posible tolerar por mas tiempo aquel perverso foco de supersticion, ni el cielo les prestaria sus ausilios si permitian que á su vista se tuviera un culto tan abominable, que él por su parte estaba resuelto á demoler los ídolos, aun cuando en aquel acto tuviera que hacer sacrificio de su vida. El gefe de Cempoala no entendia las palabras de Cortés; mas adivinando su intento en sus movimientos, hizo señal á su pueblo para que se preparara á la defensa de su religion y de sus dioses. El pueblo se alarmó y Cortés para prevenir un mal resultado, mandó asegurar al gefe y á los sacerdotes con órden de que se les quitara la vida si se disparaba contra ellos una sola flecha. El furor seguia á mas y el pueblo llenaba de injurias á los españoles por la profanacion que intentaban cometer en sus *teocallis*, cuando Doña Marina les hizo saber: que si se oponian á la resolucion de los estrangeros, no solo dejarían su alianza, sino que se unirían á los mexicanos y la ruina de su nacion seria inevitable. A esta razon cedió el ardiente celo de los

cempoaleces y aunque no quisieron con sus manos derrocar los ídolos, consintieron en que lo hicieran los españoles: inmediatamente cincuenta soldados subian las escaleras del teocali y derribaron entre los gemidos del pueblo, aquellos simulacros que eran la causa de la supersticion de su espíritu. Los restos de las divinidades fueron quemadas, quitadas las manchas de sangre que en las paredes del templo se ostentaban como un trofeo religioso y se mandó blanquear todo de nuevo para erigir ahí un altar, en que se puso despues de una solemne procesion la imágen de la Madre de Dios y una gran cruz de madera, signo de la redencion del género humano, Seis de los mismos sacerdotes del lugar, vestidos con ropas blancas quedaron encargados de cuidar del aseo del templo y un soldado llamado Juan Torres, que por su edad ya no podia soportar las fatigas de la guerra, quedó al cuidado de dirigir el culto que se debia tributar ahí á la divinidad. Entonces las ocho doncellas fueron instruidas en las máximas del cristianismo y fueron regeneradas en las sagradas aguas del bautismo. Estas fueron las primicias que se recogian de la religion católica en el suelo mexicano.

Luego regresó el ejército á Veracruz, donde tuvieron el gran regocijo de encontrar un refuerzo de diez y ocho soldados que habian ido de Cuba á tomar parte en las aventuras de sus compañeros y seis que se tomaron de un buque de Jamaica: este refuerzo era bien insignificante; mas en aquellas circunstancias se estimaba en mucho, porque como habia dicho Cortés al gefe de Cempoala, que uno solo de sus soldados valia por un ejército de aztecas.

Estos nuevos compañeros hicieron saber á Cortés, que el gobierno español habia autorizado al gobernador de Cuba, para que fundara una nueva colonia en los países descubiertos: y como esto podia estorbar la reali-

zacion de sus planes, porque volvia á caer bajo la autoridad de su enemigo Velazquez, determinó mandar luego un buque á España, escribiéndole al rey todo lo que habia hecho allí y pidiendo para todo su real autorizacion y confirmacion de la autoridad de que él y sus compañeros se habian investido nuevamente. Para hacer mas eficaz la súplica y captarse la buena voluntad del rey, determinó mandarle todo el oro y jayas que se habian recogido, cediendo para esto la parte que á él se le habia asignado y estimulando á todos los soldados para que cada uno cediera lo que tuviera. Todos conocieron las ventajas de esta sagaz medida y no hubo uno que se opusiera, siendo comisionados para presentar este regalo, los dos gefes Montejo y Portocarrero.

Los ricos y curiosos objetos que debian rendir el ánimo del rey Carlos V en favor de Hernan Cortés y sus compañeros, eran los siguientes.

«Dos ruedas de diez palmos de diámetro, una de oro, con la imágen del sol, y otra de plata, con la de la luna, formadas una y otra de hojas de aquellos metales, con muchas figuras de animales, y otras de bajo relieve, trabajadas con singular artificio. La primera seria probablemente la figura del siglo, y la segunda la del año, segun lo que dice Gomara, aunque no lo asegura.»

«Un collar de oro, compuesto de siete piezas, con ciento ochenta y tres pequeñas esmeraldas engarzadas, y doscientas treinta y dos piedras semejantes al rubí. Pendian de ella veinte y siete campanillas de oro, y algunas perlas.»

«Otro collar de oro de cuatro piezas, con ciento y dos piedras como rubies, ciento setenta y dos esmeraldas, y diez hermosas perlas engarzadas, y veinte y seis campanillas de oro. «Estos dos collares, dice Gomara, eran

dignos de verse, y tenian otras preciosidades ademas de las referidas.»

«Un morrion de madera cubierto de oro, guarnecido de piedras, con veinte y cinco campanillas de oro que de él pendian, y en lugar de penacho, un pájaro verde con los ojos, los piés y el pico de oro.»

«Una celada de oro cubierta de pedreria, de la que pendian algunas campanillas.»

«Un brazaletes de oro muy fino. Una vara á guisa de cetro, con dos anillos de oro en las dos estremidades, guarnecido de perlas.»

«Cuatro tridentes adornados con plumas de varios colores, con las puntas de perlas, atadas con hilo de oro.»

«Muchos zapatos de piel de ciervo, cocidos con hilo de oro, y con las suelas de piedra itztli blanca y azul, y muy sutiles. Gomara no dice espresamente que la piedra fuese itztli: pero se infiere de su descripcion. Es probable que estos zapatos no se hacian sino por curiosidad, aunque tambien puede ser que los usasen los señores cuando iban en litera como solian hacerlo.»

«Una rodela de madera y cuero con campanillas pendientes al rededor, y en medio una lámina de oro, en que se veia esculpida la imágen del dios de la guerra, entre cuatro cabezas de leon, de tigre, de aguila, y de buho, representadas al vivo, con sus pieles y plumas.»

«Muchas pieles curtidas de cuadrúpedos y aves, con su pluma y pelo.»

«Veinte y cuatro rodelas bellas y curiosas de oro, de plumas, y de perlas menudas, y otras cinco solo de plumas y plata.»

«Cuatro peces, dos patos, y otros pájaros de oro fundidos.»

«Dos lagartos de oro, y un gran cocodrilo revestido de hilo del mismo metal.»

«Un espejo grande guarnecido de oro, y muchos pe-

queños. Muchas mitras, y coronas de plumas y oro, adornadas de piedras y perlas.»

«Muchos penachos grandes y hermosos, de plumas de varios colores, con adornos de oro, y de piedras pequeñas.»

«Muchos abanicos de oro y plumas, ó plumas solas; de diversas hechuras, pero todos hermosísimos.»

«Una capa grande de algodón, y de plumas de varios colores, con una rueda negro en medio, con sus rayos.»

«Muchas capas de algodón, enteramente blancas ó blancas y negras á cuadros, ó rojas, verdes, amarillas y azúles, peludas por de fuera, como felpa, y por dentro lisas y sin color.»

«Muchas camisolas, jubones, pañuelos, colchas, cortinas y tapetes de algodón.»

«Todos estos objetos eran, segun dice Gomara, mas preciosos por su artificio que por su materia. «Los colores del algodón, añade, eran bellísimos, y los de las plumas eran naturales. En cuanto á los renglones de fundicion, nuestros artífices no podian comprender como habian sido ejecutados. Este regalo, que era parte del que hizo Moteuczoma á Cortés, pocos dias despues de haber desembarcado este en Chalchiuhcucan, fué enviado por el conquistador á Carlos V en Julio de 1519, y este fué el primer oro y la primera plata que el Nuevo Mundo envió al Antiguo: pequeño ensayo de los inmensos tesoros que debia enviar en el porvenir.»

No pareció mal al altivo monarca español, un regalo en que rivalizaba el valor de los objetos con su mérito artístico: y fácilmente accedió á la peticion del atrevido conquistador, para que abriera en el corazon de este continente, una fuente de riqueza para los hijos de la envejecida Iberia, á costa de reducir al pueblo que produjo tantas curiosidades, al envilecimiento de muchos siglos y que debe ser el eterno oprobio del pueblo que

lo causó y un amargo reproche á la fementida civilizacion de los reformadores del siglo diez y nueve.

Apenas salieron los comisionados para la corte de España, cuando algunas personas descontentas con la administracion de Cortés y desconfiando en la peligrosa empresa que se acometia, determinaron tomar un buque y clandestinamente volverse á Cuba: ya estaban tomadas las medidas para ejecutar este proyecto cuando uno de los mismos comprometidos lo descubrió á Cortés; y en el acto hizo dar la muerte á dos de los principales en aquel plan, al piloto se condenó á perder los piés y los demas sufrieron la pena de azotes. De pronto el mal quedaba remediado con el castigo de los autores del plan; pero aquello causó una profunda impresion en el ánimo del general, que veia sembrada la semilla entre sus soldados y consideraba, que este desafecto produciria mas tarde un obstáculo insuperable á su empresa.

En esta vez tomó la resolucion mas audaz y atrevida que pueda mencionarse en las páginas de la historia: este solo paso haria á Hernan Cortés digno de la mayor estimacion por su grandeza de alma, si en la vida pública de este hombre, no hubiera faltas tan graves que eclipsa la gloria de que lo coronaban sus acciones, si es que alguna gloria puede haber en usurpar sus derechos á un pueblo y presentarlo con los mas odiosos coloridos, para sancionar su esclavitud.

Marchó para Cempoala con su ejército y por medio del oro y de los manejos de sus mas adictos, hizo que los pilotos barrenaran el fondo y los costados de sus buques, presentándole luego un informe de este deterioro en que se hallaban las naves á causa de los gusanos que habia en la costa, quedando á causa de esto y por lo que habian sufrido con los vientos contrarios, incapaces de entrar en alta mar. Se hizo todo como el general lo deseaba, y cuando le presentaron el informe, afectó sor-

prenderse y sentir mucho un atrazo tan grande; pero dando á conocer un grande esfuerzo de su voluntad, para sobreponerse, exclamó «Si es así, hágase la voluntad del cielo; pero saquemos de esta desgracia el mayor partido.» Mandó que se sacara á tierra la artillería, cordelaje, velas, el avuzon y todo lo que fuera movible, echando á pique los deteriorados cascos de sus embarcaciones, no esceptuando mas de un buque pequeño. Con esta medida que supera á todo atrevimiento, se iba á encerrar con un puñado de hombres, en el corazon de poderosas y enemigas monarquías, sin tener mas esperanza de salvarse, que consiguiendo el triunfo para el cual habia que pasar tan extraordinarios riesgos, que hacian la empresa un punto menos que imposible. El ejército veia cerrada toda esperanza de salir de aquella dificultosa situacion y desfalleció el ánimo hasta de los mas esforzados: las murmuraciones se fueron generalizando y á cada paso tomaban un aspecto mas imponente, porque decian haberlos conducido su general como ovejas al matadero: y para escapar de lo que todos llamaban una muerte sugura y estéril, llegaron amotinados á amenazar la vida de su comandante. Pero este ante la idea de conquistar un pais que le habia dado muestras de tanta riqueza, despreciaba todos los peligros y creia que solo colocando á su tropa en aquella posicion desesperada, podia contar con su eficaz cooperacion para consumir su gran pensamiento.

Se vistió de toda su presencia de ánimo y reuniendo á toda su tropa, les presentó en un persuasivo discurso, la necesidad de dar aquel paso: y al que estaba acostumbrado á dominar aquellos espíritus imprecionables con las aventuras caballerescas, particularmente cuando el resultado fuera adquisicion de las riquezas, no le fué difícil salir airoso en esta crisis: las adoradas ilusiones de gloria y de riquezas exaltaron sus mentes, é infla-

mando de nuevo su corazon, se avergonzaron de su timidez; y volvieron á estar prontos para secundar los gigantescos planes de su general. Los encargados de la destruccion de la flota, partieron al puerto para ejecutar la órden, y el ejército entusiasmado figurándose ya ver tremolar su estandarte victorioso en los palacios del opulento Moctehuzuma, alegres poblaban el aire con el grito de «A México á México.»

CAPITULO XIV.

Marcha de Cortés á Tlaxcallan.

Con la destruccion de las embarcaciones, ya no habia esperanza de que los soldados pensaran retroceder: el establecimiento de la colonia, servia de base á las operaciones: se contaba con la alianza de los señores de las principales ciudades del pais de los totonecas, y no habia que hacer sino penetrar al interior de la monarquía, agitar los elementos de discordia que habia creado el despotismo de los reyes mexicanos y cargar á todos con una pesada cadena, confundiendo en sus estrechos y sofocantes anillos, el cuello de los déspotas con los oprimidos.

Volvió el ejército á Veracruz para tomar de ahí su camino: la colonia resguardada con cincuenta hombres, quedó al mando de uno de los oficiales que le era mas adicto á Cortés llamado Juan Escalante: se renovó la alianza de los cempoaleses y demas señores totonecas; para que prestaran su auxilio al gefe de la colonia, y el 16 de Agosto se puso en camino para México, llevando cuatrocientos quince soldados y diez y seis caballos, doscientos hombres de carga para conducir la artillería